

BREVE HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

JESÚS HERNÁNDEZ



nowtilus

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
www.nowtilus.com

Título: *Breve Historia de la Segunda Guerra Mundial*
Autor: © Jesús Hernández

© 2009 Ediciones Nowtilus S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores y maquetación: Juan Ignacio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN13: 978-84-9763-279-9

Fecha de la Primera edición: Junio 2006
Fecha de la Segunda edición: Julio 2007
Fecha de la Tercera edición: Septiembre 2009

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal:

*«Por más que la guerra me atraiga y mi mente
se fascine con sus situaciones tremendas,
cada vez estoy más convencido de la asquerosa
y malvada locura de esa barbarie»*

Winston Churchill (1874-1965)

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR JUAN ANTONIO CEBRIÁN	9
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1	
LA GUERRA RELÁMPAGO	15
CAPÍTULO 2	
NORUEGA Y DINAMARCA, INVADIDAS	33
CAPÍTULO 3	
LA CAÍDA DE FRANCIA	49
CAPÍTULO 4	
INGLATERRA RESISTE	67
CAPÍTULO 5	
LA OPERACIÓN BARBARROJA	89
CAPÍTULO 6	
PEARL HARBOR: «EL DÍA DE LA INFAMIA»	109
CAPÍTULO 7	
LA GUERRA EN EL DESIERTO	135
CAPÍTULO 8	
DUELO A MUERTE EN STALINGRADO	159
CAPÍTULO 9	
LOS CRÍMENES NAZIS	181

CAPÍTULO 10	
LA CAMPAÑA DE ITALIA	205
CAPÍTULO 11	
EL DÍA MÁS LARGO	227
CAPÍTULO 12	
EL HUNDIMIENTO DEL TERCER REICH	255
CAPÍTULO 13	
EL IMPERIO JAPONÉS, DERROTADO	283
ANEXOS	
LUGARES DE INTERÉS	306
LOS PROTAGONISTAS	328
CRONOLOGÍA	343
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN EL CINE	348
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	351

PRÓLOGO

SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

RECUERDO CON VIBRANTE EMOCIÓN mis primeros años de adolescencia en los que devoraba todo tipo de narraciones con indiscutible preferencia —dada la edad— hacia la literatura de aventuras, aunque siempre encontraba horas suficientes para sumergirme en las coloristas viñetas de las recordadas hazañas bélicas, donde los héroes de la Segunda Guerra Mundial conseguían salvarnos de los malos en los momentos más acuciantes y desesperados. Más tarde, esa vocación por la historia que se había despertado en mí, me incitó a navegar por miles de páginas en las que este horrible suceso se me presentó con la crudeza propia de la realidad. Obviamente me percaté de inmediato que aquello estaba muy

lejos de mis ingenuas apreciaciones concebidas tras la lectura de los cómics y poco a poco despojé a este singular acontecimiento guerrero de su vitola heroica para asumir que existían innumerables circunstancias trágicas detrás de cada decisión política, de cada ofensiva militar, de cada ciudad bombardeada.... La historia de la guerra ofrece la mayor miseria a la que un ser humano se puede enfrentar, lo vemos en las caras de los refugiados que han perdido sus raíces, de los prisioneros que esperan anhelantes el fin de la locura para regresar a casa y abrazar a los suyos, de los supervivientes libres al fin de los castigos procurados por un enemigo al que no conocen.

Ninguno de los más de siete mil conflictos armados constatados a lo largo de la cronología humana se puede equiparar en horror, masacre y destrucción a la Segunda Guerra Mundial vivida entre los años 1939-1945 del pasado siglo XX. Ni siquiera en nuestros días los más exhaustivos investigadores históricos se ponen de acuerdo a la hora de establecer una cifra certera sobre las muertes que ocasionó la contienda, aunque se barajan unas sesenta millones de almas perdidas por causa de los combates, enfermedades, hambrunas y represalias sufridas por los contendientes. En aquel tiempo nuestro planeta, con la civilización que en él moraba, se vio abocado al más inexorable abismo. Las nuevas armas que se emplearon y a las que el hombre nunca se había enfrentado, pusieron en jaque nuestros conceptos vitales, nuestra forma de entender la convivencia y sobre todo nuestra percepción de cómo había sido la vida hasta entonces. Todo dio un giro trascendental con la llegada al poder de auténticos psicópatas sociales como Adolfo Hitler, Benito Mussolini o José Stalin, los cuales no repararon en hecatombes colectivas en el intento de hacer prevalecer sus postulados ideológicos y acaso personales.

Durante cinco años y ocho meses el mundo zozobró mientras aprendía a marchas forzadas términos tales como: *Guerra Relámpago*, *Operación Barbarroja*, *Día de la infamia*, *Solución final*, *bomba atómica*.... En realidad de lo que se trataba en aquel instante definitivo, era decidir qué camino se debería seguir en adelante, qué metas trazaríamos para encarar con decisión el futuro. Y lo cierto es que, en aquel momento culminante, el gran

tablero de juego que sustentaba nuestro quehacer en la tierra se vio más tambaleante que nunca por causa de atronadores estallidos provocados por el impacto de los obuses de calibre 88, las ráfagas de ametralladoras de posición o las bombas lanzadas desde los majestuosos B29.

De la Segunda Guerra Mundial se ha escrito lo suficiente para llenar varios centros de interpretación y decenas de bibliotecas con miles de títulos que han abordado con más o menos eficacia los diferentes aspectos generados por ese escenario cuajado aún de incertidumbres, miserias e intrigas.

Les invito por tanto a descubrir esta Breve Historia propuesta por el brillante Jesús Hernández, un autor para el que no es ajeno este difícil capítulo de nuestra peripecia, pues ya acreditó en obras anteriores su conocimiento claro y exhaustivo de la materia. Con este libro usted conocerá mucho mejor las singularidades de la guerra más asombrosa que vieron los tiempos y caminará seguro, gracias a la agilidad narrativa de Jesús, por los diferentes teatros de operaciones, desde la inicial Guerra Relámpago alemana hasta los hongos atómicos que se levantaron en Japón tras los ataques norteamericanos de 1945, pasando por el genocidio del pueblo judío, las sangrientas batallas en el frente del Este o la resistencia a ultranza de los británicos ante los interminables bombardeos de la Luftwaffe alemana. Asimismo vivirá episodios como el hundimiento del III Reich con sus sueños de grandeza milenaria, o los preparativos del Día D con la mayor movilización de tropas de la historia. En Jesús Hernández confluyen las mejores virtudes del historiador riguroso y del periodista capaz de transmitir información de forma didáctica. En consecuencia, esta obra es muy aconsejable para todos aquellos que quieran iniciarse en uno de los capítulos más interesantes de la era contemporánea. Les aseguro que no saldrán defraudados tras leer este libro y que querrán saber mucho más en torno a un momento crucial que en palabras del premier británico Winston Churchill nos costó a los humanos: «Ríos de sangre, sudor y lágrimas».

INTRODUCCIÓN

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL siempre ha despertado un gran interés entre los aficionados a la historia, llegando en muchos casos a levantar una auténtica pasión. El motivo de la atracción que ejerce la contienda de 1939-1945 puede radicar quizás en que, en solo seis años, se concentró tal cantidad de acontecimientos que es imposible conocerlos todos; por mucho que se profundice en su estudio, siempre habrá lugar para el episodio insólito e inesperado.

Historias heroicas, novelescas o enigmáticas, y también terribles, crueles o dramáticas, conviven en un infinito mosaico que nunca agota su capacidad para sorprender y fascinar al lector más exigente. Como prueba, basta constatar la cantidad de obras sobre la Segunda Guerra Mundial que figura en el catálogo de una célebre librería en Internet: un total de 248.327 títulos. Si nos imaginamos a alguien que decidiese leerlos todos, a un ritmo de dos libros por semana, itardaría 2.500 años en conseguirlo! Pero este paciente y longevo lector, cuando culminase tan encomiable esfuerzo de lectura, se sentiría bastante frustrado, puesto que, con toda seguridad, la lista ya habría crecido mucho más...

Teniendo esto en cuenta, cuando me propuse condensar la historia de ese inabarcable conflicto en un solo volumen comprendí de inmediato la enorme dificultad de la empresa. Una vez asumida la imposibilidad de concentrar de manera exhaustiva todo el desarrollo de la guerra en unas pocas páginas, opté por ofrecer un relato ágil y sencillo, en ocasiones colorista, y deslizando de vez en cuando alguna licencia literaria, con el objetivo de que el lector aumente sus conocimientos a la vez que disfruta con la narración de los hechos. Para ello he tenido que sacrificar

muchos nombres propios que merecerían aparecer aquí, me he visto forzado a ignorar algunos hechos de armas de cierta relevancia, y he reducido al mínimo la anotación de fechas y lugares, todo en aras de conseguir un argumento que espero sea emocionante y atractivo.

Sin duda, no serán pocas las carencias de este libro, pero considero que, como hemos visto, existe una bibliografía amplísima a disposición del lector que desee profundizar más. Pero, al mismo tiempo, no creo que existan demasiados libros como éste, en el que la historia de la Segunda Guerra Mundial se presente resumida en un solo volumen de forma tan asequible y, a la vez, tan apasionante.

Así pues, prepárense porque el gran enfrentamiento bélico del siglo XX está a punto de comenzar. Empuñen el arma con decisión, comprueben las municiones, ajústense el barboquejo del casco y no se separen de mí durante toda la misión. Y aunque ahora estén cómodamente sentados en el sillón de su casa, no se confíen; en cuanto escuchen el silbido de las balas enemigas... ¡cuerpo a tierra!

Jesús Hernández
jhermar@hotmail.com
jesus.hernandez.martinez@gmail.com

1

LA GUERRA RELÁMPAGO



A LAS 4:45 DE LA MADRUGADA del viernes 1 de septiembre de 1939, un guardia de fronteras polaco dormita confiadamente en su puesto de control cuando, de repente, oye ruido de motores en el exterior.

Al salir de la caseta, y sin haber podido despejarse todavía el sueño de los ojos, ve cómo un grupo de soldados alemanes avanza con paso firme y decidido hacia él.

Intenta darles el alto, pero uno de aquellos soldados lo lanza de un empujón al suelo. Los otros, entre risas, y mientras un camarógrafo inmortaliza ese momento histórico, levantan a pulso la pesada barrera que marca la línea de la frontera germanopolaca y la apartan a un lado. Al cabo de unos minutos, la columna ya avanza a toda velocidad por la carretera rumbo al interior de Polonia.

El guardia de fronteras, desde la cuneta, contempla impotente cómo ante sí pasan tanques, camiones y motocicletas, dejando atrás una espesa nube de polvo. También oye ruido de motores en el cielo: al levantar la cabeza ve las primeras luces del alba reflejándose en el fuselaje verde oliva de una escuadrilla de aviones, siguiendo a la columna a poca altura. Mientras, más y más soldados atraviesan la frontera al ritmo cadencioso que marcan sus altas botas de cuero negro.

Aquel atónito guardia polaco no es consciente de ello, pero acaba de ser testigo privilegiado del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, una contienda que acabará costando la vida a más de 50 millones de personas y que marcará la historia del siglo XX.

Paradójicamente, nadie había deseado aquella guerra. En el ánimo de Polonia no figuraba el deseo de provocar a su poderoso vecino alemán. Ni Francia ni Gran Bretaña, que se verían obligados a declarar la guerra a Alemania tres días después, tenían la más mínima intención de involucrarse en una guerra.

Pero, aunque resulte sorprendente, Hitler no tenía previsto enfrentarse a las potencias occidentales tan pronto. Según los arriesgados cálculos del dictador nazi, ni el gobierno de Londres ni el de París iban a mover un dedo por defender a Polonia, tal como había sucedido cuando engulló Austria o Checoslovaquia.

En sus previsiones, más adelante, Alemania estaría ya en condiciones de medirse a británicos y franceses, quizás en 1942 o 1943. De hecho, todos los programas de rearme iban encaminados a alcanzar en esos años sus mayores cifras de producción. Hitler había dado orden de construir una potente flota de superficie capaz de disputar a la Marina de guerra británica —la *Royal Navy*— el dominio de los mares, pero que no estaría preparada hasta entonces. Ni tan siquiera se contaba en 1939 con una flota de submarinos suficientemente potente.

Pero a las nueve de la mañana del domingo 3 de septiembre, cuando las tropas polacas llevaban ya dos días intentando sin



Impresionante demostración nacionalsocialista en Nuremberg. En ese momento, los jefes nazis no podían pensar que, años más tarde, serían juzgados en esa misma ciudad por los crímenes cometidos al frente del Tercer Reich.

éxito resistir el imparable avance de los *panzer*, en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán se recibió un ultimátum británico anunciando que a las 11 entraría en vigor el estado de guerra entre ambas naciones.

Hitler, al recibir el papel, se quedó petrificado; todos sus planes se habían visto alterados. Estuvo unos minutos sin pronunciar una palabra, hasta que rompió el silencio para preguntar a Joachim Von Ribbentrop, su ministro de Asuntos Exteriores:

—¿Y ahora qué?

—Supongo que antes de una hora llegará el ultimátum de Francia— le respondió Von Ribbentrop.

El veterano ministro alemán no se equivocaba. Al cabo de un rato llegó el esperado comunicado del gobierno galo, pero en este caso anunciando la declaración del estado de guerra para las cinco de la tarde de ese domingo.

El inminente estallido de la contienda no fue recibido por los jerarcas nazis precisamente con júbilo. Como si una oscura —y a la postre, acertada— premonición hubiera pasado por la mente de Hermann Goering, el obeso jefe de la *Luftwaffe* —la fuerza aérea germana—, éste solo acertó a exclamar:

—Si perdemos esta guerra, ¡que el cielo nos proteja!

Entre la población germana tampoco se desató el entusiasmo. Quizás influidos por el hecho de que esa tarde no se encendiese el alumbrado público de las ciudades en previsión de un posible bombardeo aéreo, los alemanes se encerraron en sus casas y se sentaron alrededor de sus receptores de radio para seguir los acontecimientos.

Las calles de Berlín presentaron esa tarde de domingo y los días siguientes un aspecto desierto y desangelado, que no traía consigo los mejores augurios para la guerra que acababa de comenzar.

EL ORIGEN DEL CONFLICTO

Pero, ¿qué ominoso camino había recorrido Europa hasta llegar a ese punto de no retorno?

¿Cómo era posible que la generación que había padecido en primera línea la tragedia de la Primera Guerra Mundial volviera a repetir los mismos errores que cometieron los que condujeron a sus naciones a aquella catástrofe?

Hay que tener presente que la mayoría de protagonistas de la Segunda Guerra Mundial —Hitler, Goering, Rommel, Churchill, De Gaulle, Patton o Truman, entre muchos otros— había combatido en las trincheras durante la contienda de 1914-1918 y conocían perfectamente el desastre al que se enfrentaba el continente europeo en caso de que estallase otra conflagración.

Pero, aún así, las principales potencias acabaron enfrentadas en una lucha encarnizada que dejaría atrás algunos de los límites que existieron en el anterior conflicto, como fue el ataque indiscriminado a las poblaciones civiles, quedando rebasado ampliamente durante la Segunda Guerra Mundial.

En cierto modo, el conflicto que comenzó aquella madrugada de septiembre en la frontera polaca no era más que la continuación de la guerra que había terminado dos décadas antes con la derrota de Alemania.

El 10 de noviembre de 1918, un soldado germano se recuperaba en un hospital de la ceguera temporal que le había provocado un ataque con gases sufrido un mes antes. Pese a que su país se estaba desangrando por el esfuerzo de una guerra que duraba ya cuatro interminables años, por la imaginación de aquel soldado no pasaba ni por asomo la idea de una derrota. Había permanecido en el frente durante casi todo el tiempo que había durado la guerra, por lo que desconocía las penurias por las que atravesaba la población de su país. En su mente alejada de la realidad, Alemania estaba a punto de lanzar la ofensiva definitiva, el gran avance que llevaría a las armas germanas triunfantes hasta París.

Por eso su sorpresa, primero, y luego su rabia y su desesperación, fueron mayúsculas cuando el 10 de noviembre de 1918 un anciano se dirigió a él y al resto de heridos que se recuperaban

en el hospital de Passewalk para comunicarles que el Káiser había abdicado y que la guerra acabaría a las once de la mañana del día siguiente; ¡Alemania había perdido la guerra!

Todo lo que cimentaba la vida y el pensamiento de aquel soldado se había venido abajo en un instante. Todos los sacrificios y penalidades padecidos por él y sus compañeros no habían servido para nada. Los dos millones de soldados alemanes muertos habían caído inútilmente.

En ese preciso instante comenzaba la cuenta atrás para un nuevo y aún más sangriento conflicto. Aquel excéntrico cabo, que respondía al entonces anónimo nombre de Adolf Hitler, se juró a sí mismo vengar aquella humillación. Pero había que buscar un culpable de la derrota; Hitler lo encontró en los judíos, que —en su enfermiza mente— se habían enriquecido con la guerra y finalmente habían perpetrado, junto a los comunistas, la denominada «puñalada por la espalda» que había llevado a su país a esa capitulación vergonzosa.

Allí, en aquel hospital, se estaba incubando la catástrofe que asolaría Europa dos décadas más tarde. El gran enigma es saber cómo fue posible que las obsesiones y las fantasías de un fanático pasasen a convertirse en las directrices de la política de un país del peso económico e intelectual de Alemania.

Para encontrar una explicación a ese rapto de la voluntad de la nación germana hay que remitirse al Tratado de Versalles, firmado en 1919, por el que las potencias vencedoras sometían a Alemania a una serie de condiciones que la mayoría de la población germana consideró intolerables. El hecho de que algunas regiones alemanas pasasen a control militar de los vencedores o la obligación de hacer frente al pago de unas ingentes sumas de dinero en concepto de reparaciones de guerra no fue tan doloroso como el que Alemania debiera reconocer en exclusiva la culpabilidad en el estallido de la guerra. Eso fue considerado como una afrenta insoportable que algún día debía ser vengada.

Uno de los artífices del Tratado de Versalles, el primer ministro inglés Lloyd George, era plenamente consciente de que aquel documento no garantizaría en el futuro la paz en Europa.

El *premier* británico confesó que el Tratado provocaría otra guerra a los 20 años de su firma y, por desgracia, no se equivocó en absoluto. Por su parte, Robert Lansing, secretario de Estado norteamericano, no compartía el optimismo de su presidente, Wilson, y aseguró que «la próxima guerra surgirá del Tratado de Versalles, del mismo modo que la noche surge del día».

Pese al peligro evidente de que Europa volviera a verse abocada a un conflicto armado aún más sangriento en el plazo de una generación, las potencias occidentales, pero en especial Francia, no supieron estar a la altura de lo que la responsabilidad histórica requería. La solicitud de la república de Weimar —el nuevo Estado democrático alemán— de pasar para siempre la página del conflicto y admitir a Alemania como un miembro más en el concierto de las naciones se encontró siempre con la incompreensión y la desconfianza del gobierno de París de turno.

La obligación al pago de las reparaciones de guerra impidió a Alemania consolidar su economía. Paro, disturbios, inestabilidad política, fueron el caldo de cultivo en el que la desengañada población germana giró su vista hacia los que le proponían soluciones radicales para poner así fin a ese estado de postración permanente.

Las consecuencias de esta miopía política de las potencias vencedoras se verían más tarde. Después de un esperpéntico intento de hacerse con el poder por la fuerza en 1923, mediante un fallido golpe de Estado surgido en una cervecería de Munich, Hitler se aupó al poder, forzando al límite las reglas de la democracia, diez años más tarde. Gracias a un innovador y efectivo uso de la propaganda, sumado al clima de coacción creado por sus seguidores más fanáticos, que no dudaban en recurrir a la intimidación y la agresión física, obtuvo unos resultados electorales que le permitieron exigir la cancillería al anciano presidente Hindenburg.

En cuanto fue nombrado canciller, el 30 de enero de 1933, Hitler puso en marcha su plan para crear un Estado totalitario. De nada sirvieron las advertencias del general Erich Ludendorff, que conocía muy bien a Hitler. En una carta dirigida a Hindenburg, el veterano militar le hacía responsable de lo que le suce-

diese en el futuro a Alemania, asegurando que «Hitler, ese hombre nefasto, conducirá a nuestro país al abismo y a nuestra nación a un desastre inimaginable». Nuevamente, nadie hizo nada por evitar la catástrofe que se adivinaba en el horizonte.

Un incendio intencionado —aunque probablemente causado por los propios nazis— del *Reichstag* fue utilizado como oportuna excusa para ilegalizar al Partido Comunista y arrebatarle sus escaños. Además, se inauguró el campo de concentración de Dachau para internar a todos lo que se mostrasen críticos con el nuevo régimen de terror que se había impuesto en Alemania.

Si Francia y Gran Bretaña eran en último término responsables por inacción del ascenso de Hitler —ya convertido en *Führer*—, el pueblo germano también lo era en no menor medida; la mayoría de los alemanes asistió con indiferencia a la persecución a la que de inmediato fueron sometidos los ciudadanos de origen judío; médicos, profesores o funcionarios que hasta ese momento habían ejercido su profesión con normalidad, se encontraban de repente con la imposibilidad de seguir trabajando. Lo mismo les ocurriría a los comerciantes hebreos, obligados a cerrar sus tiendas, ante la mirada esquiva del resto de alemanes, que no reaccionaron ante los abusos del régimen nazi, pensando que la locura a la que asistían no les acabaría afectando a ellos. Estaban muy equivocados.

Las intenciones de Hitler quedaron claras ya en octubre de 1933, cuando Alemania se retiró de la Sociedad de Naciones. Su primer desafío a la comunidad internacional fue instaurar el servicio militar obligatorio en marzo de 1935, violando el Tratado de Versalles, y admitiendo la existencia de la *Luftwaffe*.

Ese mismo año se dictaron los decretos antisemitas de Nuremberg, por los que prácticamente se decretaba la muerte civil de los judíos, como primer paso hacia su futura eliminación física. Tras recuperar la región del Sarre mediante un plebiscito, Hitler convocó también un referéndum, logrando un 99 por ciento de los votos. Pese a todos los indicios, ni Gran Bretaña ni Francia consideraban aún al Tercer Reich como una amenaza para la paz.

Hitler inició un rearme generalizado, saltándose las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles, sin que las potencias

occidentales intervinieran. Incluso, los británicos alcanzaron un acuerdo con la Alemania nazi por el que se le permitía iniciar la construcción de una flota de guerra, pero siempre y cuando se mantuviese el predominio de la *Royal Navy*.

LA EXPANSIÓN DEL TERCER REICH

En marzo de 1936, los alemanes entraron con tan solo cuatro batallones en Renania, una región industrial fronteriza con Francia que había permanecido desmilitarizada desde el final de la Primera Guerra Mundial. Hitler confesó que si los franceses hubieran reaccionado en ese momento, el entonces débil ejército germano hubiera sido arrollado, pero el *farol* de Hitler tuvo éxito y pudo apuntarse un nuevo tanto ante la población germana, que veía con satisfacción cómo el *Führer* iba sacudiéndose todas las humillaciones impuestas por el Tratado de Versalles.

Los espectaculares éxitos alcanzados por Hitler en materia económica y en política internacional restaron credibilidad a los pocos que se atrevían a denunciar los excesos del estado policial en el que se había convertido Alemania. El paro desapareció de las preocupaciones del alemán medio, se inició la construcción de una moderna red de autopistas que sería la envidia de todos los visitantes extranjeros y Berlín dio a conocer al mundo la mejor cara de la utopía nazi en los Juegos Olímpicos de 1936.

Aunque estaba específicamente prohibida por el Tratado de Versalles, Hitler consiguió la anexión de Austria, el llamado *Anschluss*, en marzo de 1938. Antes de que sus tropas entrasen en su país natal, los nazis habían llevado a cabo una intensa campaña de desestabilización, lo que incluyó el asesinato de su canciller en 1934. Finalmente, Hitler pudo regresar a la ciudad en la que en su juventud había vivido como un indigente, pero en esta ocasión saludando desde un automóvil Mercedes negro blindado, protegido por una cohorte de ceñudos soldados y aclamado por sus compatriotas, que habían caído hechizados por su demostración de poder.

En septiembre de 1938, Hitler reclamaría la anexión de la región checoslovaca de los Sudetes, amparándose en el origen

alemán de sus habitantes. El pequeño país centroeuropeo, que poseía una importante industria de guerra y un ejército preparado para entrar en guerra, acudió a Francia y Gran Bretaña para pedir auxilio ante las amenazas alemanas. En lugar de garantizar su independencia, intentaron convencer a los checos para que se mostraran *razonables*. Cuando las potencias occidentales comprendieron que Hitler estaba dispuesto a llegar a la guerra para obtener su propósito, decidieron reunirse con él, con Mussolini en el papel de mediador.

En la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938 se consumó en Munich la claudicación de las potencias democráticas ante la desmedida ambición de Hitler. Mientras al representante de Checoslovaquia, el presidente Edvard Benes, se le impedía estar presente en la sala de negociaciones, se decidió desmembrar su país para aplacar al dictador germano. El 1 de octubre, las tropas alemanas irrumpirían en territorio checo, en cumplimiento de los acuerdos del pacto, apoderándose así de la región de los Sudetes.

Los representantes de Francia y Gran Bretaña temían la reacción de sus compatriotas ante su indigno comportamiento, pero en realidad fueron recibidos como héroes. El primer ministro galo, Edouard Daladier murmuró entre dientes: «¡Qué idiotas!», cuando contempló a las masas parisinas aclamándole al paso de su coche oficial.

Por su parte, el cándido y bienintencionado *premier* británico, Neville Chamberlain, bajó de su avión agitando en sus manos el papel del pacto y exclamando «¡paz para nuestro tiempo!», en medio de los vítores de los londinenses, que le cantaban «porque es un chico excelente...». El único político que se atrevió a *aguar la fiesta* fue Winston Churchill: «Hemos sufrido una derrota absoluta y total», afirmó en la Cámara de los Comunes. Aunque fue duramente criticado, tanto por el resto de los diputados como por toda la prensa, el clarividente futuro primer ministro sabía que estaba en lo cierto.

Británicos y franceses habían creído siempre a Hitler cuando les aseguraba que cada uno de esos pasos del expansionismo alemán era su «última reivindicación en Europa», sin darse



Los tanques alemanes atraviesan con decisión la frontera polaca en la mañana del 1 de septiembre de 1939. Los polacos cometieron el error de plantear la defensa cerca de la línea fronteriza, siendo arrollados por los panzer.

cuenta de que su ingenuidad estaba alimentando el monstruo que tarde o temprano iba a intentar destruirlos. Pero ese autoengaño estaba a punto de finalizar.

El 15 de marzo de 1939, cuando las tropas alemanas ocuparon Praga, convirtiendo aquel pacto mostrado orgullosamente por Chamberlain a la multitud en papel mojado sin ningún valor, las potencias occidentales comenzaron a comprender que, aunque fuera un poco tarde, la época de las concesiones a Hitler debía terminar.

Polonia sería el siguiente objetivo de la voracidad de Hitler. La antigua ciudad germana de Danzig, territorio polaco desde el final de la Primera Guerra Mundial, era el motivo de conflicto presentado por Alemania para obtener nuevas ganancias territoriales. Danzig se encontraba en un corredor que unía el centro de Polonia con el Mar Báltico, partiendo el territorio prusiano en dos.

Nuevamente, Hitler se aprovechará de una de las afrentas surgidas del Tratado de Versalles para justificar sus reivindicaciones. El 26 de marzo exigió la entrega de Danzig, pero en este caso los polacos, al tener muy presente lo que les había ocurrido

a los checos, consiguieron una garantía de ayuda de Gran Bretaña, a la que luego se sumó Francia.

Hitler también movió hábilmente sus piezas; el 22 de mayo firmó con Mussolini el Pacto de Acero, por el que ambas naciones se comprometían a ayudarse mutuamente. En el tablero europeo se estaban perfilando ya las alianzas del inminente conflicto.

Aunque, de cara al exterior, la pretensión de Hitler era solamente retornar Danzig a territorio del Reich, su intención era adueñarse de Polonia. Pero para ello debía neutralizar antes a la Unión Soviética. Él sabía que al astuto Stalin no se le podía engañar del mismo modo que había hecho en Munich con Daladier o Chamberlain, por lo que tramó una genial jugada diplomática.

Para sorpresa y consternación de todos, sobre todo para los partidos comunistas europeos, el 23 de agosto de 1939 se firmaba en el Kremlin un pacto entre la Alemania nazi y la Rusia soviética que, aunque la historiografía lo ha presentado como de «no agresión», en realidad era un acuerdo de colaboración en toda regla. Por parte germana lo rubricó el ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, y por la soviética su homólogo Vyacheslav Molotov, con la presencia de Stalin.

Este acuerdo antinatural entre regímenes tan opuestos escondía unas cláusulas secretas que eran las que habían motivado realmente el acercamiento. En ellas se estipulaba el reparto de Europa Oriental en áreas de influencia alemanas y soviéticas «en el caso de que se produjesen modificaciones político-territoriales» o, prescindiendo de eufemismos, si Alemania lanzase sus *panzer* contra los polacos. Por ese pacto secreto, los Estados Bálticos pasaban a control ruso, así como una franja polaca, mientras que los alemanes tenían las manos libres para apoderarse de la parte occidental de Polonia. Además, Alemania se comprometía a vender maquinaria y productos manufacturados a los soviéticos a cambio de trigo y materias primas.

La reunión en el Kremlin finalizó, como no podía ser de otro modo, con los correspondientes e inacabables brindis a los que es tan aficionado el pueblo ruso. En este caso no fueron con vodka sino con champán, que pese a ser éste de Crimea tuvo

una excelente aceptación entre los presentes. Las botellas se vaciaban con la misma rapidez que se descorchaban, hasta que incluso Stalin terminó tambaleándose.

Hitler, desde Berlín, también celebró —aunque sin alcohol, pues era abstemio— el triunfo conseguido. Por fin tenía las manos libres para la invasión de Polonia. La única potencia que podía interferir en sus planes al verse amenazada, la Unión Soviética, ya estaba domesticada.

Los observadores británicos y franceses presentes en Moscú y Berlín informaron a sus respectivos gobiernos de lo que se estaba tramando, pero sus líderes volvieron a pecar de ingenuos y no le dieron al acuerdo la importancia que merecía. Por su parte, los polacos estaban espantados ante la confabulación de sus dos grandes enemigos históricos, una repentina *amistad* que no hacía presagiar nada bueno para ellos.

LA INVASIÓN DE POLONIA

Todo estaba preparado para la invasión, pero era necesario buscar una excusa para justificarla. Hitler encargó que unos días antes se representase un ataque polaco a una emisora de radio alemana en Gleiwitz. Para ello se escogieron unos presos comunes, se les vistió con uniformes polacos y se les mató a sangre fría, pero de tal modo que pareciese que hubiera habido un enfrentamiento con los soldados alemanes encargados de proteger la emisora. La mascarada no convenció a nadie, pero tampoco era necesario. En la madrugada del 1 de septiembre, las tropas alemanas cruzaban la frontera.

El plan alemán consistía en atacar Polonia desde tres flancos: por el norte, desde Prusia Oriental, cortando el corredor y rodeando la ciudad de Danzig, en la que la población germana reduciría a la débil guarnición polaca; desde el oeste, a través de Prusia Occidental; y, desde el sur, tomando como punto de partida el territorio checo ocupado.

El crucero germano *Schleswig-Holstein* bombardeó desde el inicio de las operaciones a las fuerzas polacas que protegían el

puerto de Gdynia, en el corredor que se abría al Báltico y que constituía la puerta de Danzig. Al caer la noche del primer día de guerra, la disputada Danzig ya estaba en manos alemanas pero, naturalmente, Hitler no ordenó parar la ofensiva al ver cumplida su reivindicación sobre la ciudad que hasta ese momento había estado bajo dominio polaco. Los combates no acabarían hasta que Polonia entera doblase la rodilla.

Al término del primer día, se vio claramente que la diferencia entre ambos ejércitos era abismal. Aunque los polacos disponían de 30 divisiones en activo, por 40 de los alemanes, las tropas de Hitler eran muy superiores, al contar con varias divisiones acorazadas y motorizadas. Por el contrario, los polacos tenían una docena de brigadas de caballería, de las que solo una era motorizada. En total solo disponían de 600 carros blindados para oponerse a los 3.200 con que contaban los alemanes. La diferencia era similar a la que se daba en el aire; mientras que la fuerza aérea polaca constaba de 842 aviones anticuados, la moderna *Luftwaffe* disponía de 3.234 aparatos.

Aunque en ese momento los ejércitos alemanes no tenían aún experiencia en combate, sí que eran las fuerzas armadas mejor entrenadas de Europa. Sus tácticas militares eran revolucionarias; hasta ese momento, siguiendo el mismo esquema de la Primera Guerra Mundial, se creía que el tanque debía acompañar a la infantería, apoyándola y protegiéndola en su lento avance, pero los alemanes rompieron totalmente con el pasado.

Paradójicamente, aprovechando las teorías de un joven militar francés entonces desconocido llamado Charles De Gaulle, consideraron que los tanques podían romper la línea del frente gracias a su velocidad y envolver a las tropas enemigas. Detrás llegaría la infantería para liquidar la bolsa resultante. Los ataques a baja altura de la aviación ayudarían a crear el pánico entre las filas rivales. De Gaulle no consiguió convencer a sus compatriotas de que el futuro estaba en las divisiones motorizadas, pero los teóricos germanos sí que supieron visualizar el que iba a ser uno de los capítulos más espectaculares de la historia militar. Esa innovadora y arrolladora manera de combatir sería bautizada como la «guerra relámpago» o *Blitzkrieg*.

Los alemanes supieron mantener su secreto bien guardado hasta que lo pusieron en práctica contra el obsoleto ejército polaco, basado aún en la fuerza de su caballería, dotada de armas blancas y fusiles. El 2 de septiembre, la brigada de caballería Pomorska atacó a los blindados alemanes a punta de lanza; como era previsible para cualquiera menos para los mandos polacos, los valientes jinetes no tardaron en ser aniquilados. Los ataques coordinados por radio llevados a cabo por unidades acorazadas, apoyadas por la aviación, enviarían a estos ejércitos decimonónicos al baúl de la historia.

Además, la estrategia defensiva seguida por el ejército polaco fue sencillamente desastrosa; en lugar de renunciar a la defensa de las zonas fronterizas, sin accidentes geográficos destacables, y atrincherarse en posiciones fácilmente defendibles como eran los ríos Vístula y San, Polonia lanzó a dos tercios de sus fuerzas a rechazar a los alemanes en cuanto penetraron en territorio polaco. El Ejército de Tierra alemán —conocido popularmente como la *Wehrmachtel* pese a que este término incluye también a las fuerzas de Mar y Aire—, muy superior en capacidad de movimiento y con un dominio del aire casi absoluto, no tuvo problemas para articular unas gigantescas pinzas en las que las voluntariosas tropas polacas quedaban atenazadas.

Polonia tampoco anduvo muy ágil a la hora de movilizar a todo su ejército, que podía haber estado integrado por dos millones y medio de hombres, si se hubiera llevado a cabo a tiempo la movilización. En ese caso, el resultado de la campaña como mínimo habría sido más incierto, teniendo en cuenta que la fuerza alemana no llegaba al millón de efectivos.

Al segundo día de la campaña, el sábado 2 de septiembre de 1939, los británicos presentaron un ultimátum a Alemania para que se retirase de Polonia, mientras que Francia —temerosa de una reacción germana para la que no estaban preparados— se limitó a solicitar una retirada con vistas a alcanzar posteriormente un acuerdo similar al de Munich.

Ante la negativa germana a retirar a su ejército, y tal como ha quedado reflejado al comienzo de este capítulo, Gran Bretaña presentó su declaración de guerra a las 11 de la

mañana del domingo 3 de septiembre. Francia, a regañadientes, la seguiría seis horas más tarde.

Aunque Hitler confió hasta el último segundo en que las potencias occidentales se inhibirían ante su brutal agresión a Polonia, no fue así. Pero la apuesta del *Führer* debía continuar hasta el final. Era necesario que la resistencia polaca fuera definitivamente vencida antes de que pudiera recibir algún apoyo de sus aliados.

Los *panzer* comenzaron a rodar a gran velocidad por las llanuras polacas, mientras los aviones *Stuka* sembraban el caos en las comunicaciones enemigas. Sus bombardeos en picado aterrorizaban a los polacos; en el momento de iniciar el descenso se ponía en marcha automáticamente una sirena cuyo penetrante ulular anunciaba la llegada de la muerte desde el cielo.

La sirena de los *Stuka* se convirtió en una importante arma psicológica, que compensaba las limitaciones de este aparato, como eran la escasa velocidad o su armamento insuficiente. Al haber quedado destruidos los aeródromos polacos junto a su exigua aviación en los primeros días de la campaña, los temibles *Stuka* se hicieron dueños del aire, adquiriendo un halo mítico que los convertiría para siempre, junto a los *panzer*, en el símbolo de la guerra relámpago.

Antes de una semana, tras haber recorrido 250 kilómetros, las tropas alemanas ya amenazan Varsovia. El día 6 había caído Cracovia y ahora es la capital la que debe enfrentarse al rodillo teutón. El día 8 se cierra el cerco sobre Varsovia y al día siguiente da comienzo la batalla definitiva.

Los polacos intentan pasar al contraataque en Poznan para aligerar la presión sobre la capital. Esta maniobra culmina con cierto éxito, lo que hace anidar en el gobierno polaco la esperanza de que Varsovia pueda resistir. El motivo del frenazo sufrido por el avance alemán es la llegada de los primeros problemas de abastecimiento causados por la extensión de sus líneas. Pero los polacos no saben aprovechar este momentáneo respiro, al no decidirse a organizar una ofensiva y limitarse a lanzar descoordinados zarpazos a lo largo de todo el frente.



La guerra relámpago se basaba en la coordinación de la fuerza aérea y la terrestre. En la imagen, el temible *Stuka* que hacía sonar una sirena cuando efectuaba sus bombardeos en picado, para aterrorizar así al enemigo.

Pero esta pequeña luz al final del túnel que han vislumbrado los polacos se apaga rápidamente. El 17 de septiembre, el ejército soviético cruza la frontera oriental polaca, en cumplimiento del acuerdo firmado en el Kremlin el 23 de agosto. Los polacos no disponen allí de fuerzas organizadas para proteger la frontera y los rusos avanzan casi sin oposición, sufriendo tan solo 700

bajas. Stalin acude así a tomar la parte del *pastel polaco* que le corresponde.

Al día siguiente, el gobierno polaco escapa rumbo a Rumanía. El último escollo que les queda a las tropas de Hitler para alcanzar su objetivo de apoderarse de Polonia es la captura de Varsovia, defendida por un cinturón de fortificaciones. Al principio, por la cabeza de los polacos, amantes de su patria, no pasa la posibilidad de una capitulación. Los 120.000 hombres que defienden la capital están dispuestos a morir defendiéndola. Todos sus habitantes se quedan; solo se permite abandonar la ciudad a extranjeros y diplomáticos.

La capital polaca soportará heroicamente los salvajes bombardeos de la *Luftwaffe* durante nueve días más, pero el 27 de septiembre comienzan a verse banderas blancas en las ventanas. Varsovia se ve obligada a rendirse.

El 28 cae la ciudad de Thorn, el último reducto de la resistencia polaca. Ese día se firma el acta de capitulación. Los oficiales polacos podrán conservar sus sables en reconocimiento a su valor y los soldados polacos quedarán en libertad una vez estabilizado el país. Pero no ocurrirá lo mismo con los 170.000 soldados que han sido capturados por los rusos; miles de oficiales no regresarán nunca a casa, como se verá más adelante.

La campaña de Polonia se ha terminado en solo 28 días. Los alemanes han sufrido 10.000 bajas, pero se han perdido más de 150.000 vidas polacas, entre soldados y víctimas civiles de los bombardeos.

Europa ha asistido atónita al incontenible avance de los *panzer* por las llanuras polacas. Pero el viejo continente sabe que la agresión de Hitler no se limitará a su reciente conquista; ante la imposibilidad para las potencias occidentales de plantearse la liberación de Polonia, únicamente queda aguardar para ver quién será la próxima víctima de la arrolladora máquina de guerra alemana...

2

NORUEGA Y DINAMARCA, INVADIDAS



GRAN BRETAÑA Y FRANCIA habían declarado la guerra a Alemania, tras la agresión de ésta a Polonia. Después de dos décadas, Europa se encontraba de nuevo sumida en la catástrofe. De nada habían servido los diez millones de muertos que provocó la Gran Guerra; el continente volvía a afrontar un conflicto que amenazaba con ser aún más sangriento que el que lo había destrozado entre 1914 y 1918.

Al igual que había ocurrido al inicio de la Primera Guerra Mundial, los primeros éxitos sonrieron exclusivamente a los alemanes. El mismo domingo 3 de septiembre, el día de la declaración de guerra a Alemania, el submarino U-30 hundía el vapor británico *Athenia*, causando la muerte de 1.400 pasajeros, presumiblemente al confundirlo con un mercante corsario.

En cambio, la única acción aliada que se dio el día del rompimiento de las hostilidades fue un inofensivo bombardeo sobre algunas ciudades alemanas. Pero, en lugar de bombas, los aviones británicos lanzaron un total de seis toneladas de octavillas en las que se pedía a la población civil germana que diera la espalda a sus dirigentes, asegurando que éstos no deseaban la paz. Para que se supiera exactamente a quién iba dirigido el mensaje, los panfletos estaban ridículamente encabezados de la siguiente forma: «Comunicado al Pueblo Alemán».

Este seráfico intento de minar el poder de Hitler fue, de todos modos, bien acogido por los que consiguieron hacerse con grandes fajos de estos papeles que llegaron al suelo sin desatar, al encontrarles una prosaica utilidad en el baño de sus casas. Un oficial británico disconforme con la medida y que denominó esa campaña como una «guerra de *confetti*» declaró que, en ese escatológico aspecto, se habían cubierto las necesidades de la población alemana para los siguientes cinco años...

LA DRÔLE DE GUERRE

En cuanto las tropas germanas entraron en Polonia, los franceses recibieron súplicas desesperadas de los polacos para que atacasen las fronteras occidentales de Alemania. Desde París se asegu-

a la política belicista del *Duce* en 1940. En febrero de 1943 acabó siendo destituido y nombrado embajador en la Santa Sede. Se refugió imprudentemente en Alemania tras votar por la destitución de su suegro, pero fue entregado a las autoridades fascistas, condenado a muerte y ejecutado en Verona. Dejó escritos unos «Diarios» de gran importancia para conocer los entresijos de la guerra.

CLARK, Mark Wayne (1896-1986). General norteamericano. Delegado de Eisenhower durante la operación *Torch*. Comandante del V Ejército norteamericano en Túnez y después en Italia, avanzó con extrema lentitud, participando en el fracasado desembarco en Anzio. Entró al frente de sus tropas en Roma el 4 de junio de 1944 al precio de desaprovechar la oportunidad de atrapar a los alemanes en su retirada, pero no quiso dejar pasar la ocasión histórica irrepetible de convertirse en *conquistador* de la Ciudad Eterna.

CHAMBERLAIN, Neville (1869-1940). Primer ministro británico, miembro del Partido Conservador. Tenía como máxima meta mantener la paz en Europa a cualquier precio, para lo que no dudó en aplacar a Hitler con continuas concesiones territoriales y políticas. Firmó el Pacto de Munich, entregando así Checoslovaquia a la Alemania nazi. Su liderazgo durante la guerra quedó en entredicho hasta que el 10 de mayo se vio obligado a abandonar el cargo, que asumió Winston Churchill.

CHIANG KAI-SHEK (1887-1975). Generalísimo y estadista chino. Al frente de los nacionalistas del Kuomintang, derrotó a los comunistas en 1927 e instaló su gobierno en Pekín. Pese a proporcionarle ayuda para rechazar a los invasores nipones, los norteamericanos nunca confiaron en la fuerza militar de su régimen ineficaz y corrupto. Los comunistas de Mao Zedong, mucho mejor organizados, le expulsaron del poder. Tras la guerra, respaldado aún por Estados Unidos, creó un estado nacionalista chino en la isla de Formosa (Taiwán), del que sería presidente hasta 1970.

CHURCHILL, Winston (1874-1965). De familia acomodada, de joven fue rebelde y mal estudiante. Ingresó en la academia

militar. Combatió en la India y en Sudáfrica, en donde fue hecho prisionero por los bóers, logrando huir. Fue corresponsal de guerra. En 1899 inició su carrera política, que le llevaría al cargo de Primer Lord del Almirantazgo durante la Primera Guerra Mundial. En 1915 acusó el fracaso del desembarco en los Dardanelos, abandonando el puesto y sintiéndose totalmente acabado. Tras un breve paso por las trincheras, volvió a la política, siendo nombrado ministro de Armamento. En los años treinta se opuso a la política de apaciguamiento de Chamberlain y, una vez nombrado *premier* en 1940, supo galvanizar la resistencia del pueblo británico durante la Batalla de Inglaterra. No dudó nunca de la victoria final; firme, tenaz y con sentido del humor, logró movilizar todos los recursos morales y materiales de su país para vencer a la Alemania nazi. Derrotado inesperadamente en las elecciones de 1945, regresó a *Downing Street* entre 1951 y 1955. Pintor aceptable, obtuvo también el Premio Nobel de Literatura. Pese a ser un gran fumador de puros y bebedor empedernido de champán, *whisky* y coñac, vivió hasta los 91 años.

DALADIER, Edouard (1884-1970). Primer ministro francés. Firmó el Pacto de Munich en septiembre de 1938. Tras la invasión de Polonia declaró la guerra a Alemania, pero se vio obligado a dimitir el día 20 de marzo de 1940 ante la pérdida de apoyo popular, pasando a ocupar el cargo de ministro de Defensa. Tras la caída de Francia se refugió en el norte de África, pero fue capturado y enviado a la Francia de Vichy, y desde allí pasaría a un campo de concentración alemán, y de donde sería liberado en abril de 1945.

DE GAULLE, Charles (1890-1970). General y estadista francés. Era conocido como «el gran espárrago» por sus compañeros de la academia militar, debido a su gran estatura y su aspecto desgarbado. Luchó con gran valentía en la Primera Guerra Mundial, siendo herido y capturado por los alemanes. Gran teórico del arma blindada, sus recomendaciones no fueron asumidas por el Estado Mayor galo. Tras la caída de Francia en junio de 1940, se trasladó a Londres para seguir combatiendo desde allí a los alemanes. Estaba considerado por

Roosevelt y Churchill como un «niño problemático» y trataron en vano de librarse de él. En 1943 preside el Comité Francés de Liberación Nacional; el 3 de junio de 1944 este órgano se convierte en gobierno provisional. Su gran tenacidad permitió a Francia sentarse en la mesa de los vencedores, obteniendo una zona de ocupación propia. Después de la victoria, es elegido presidente (noviembre 1945) para dimitir al año siguiente, pero volvería a la presidencia en 1958.

DOENITZ, Karl (1891-1976). Gran almirante alemán. Oficial de la Marina desde 1912. Organizó la guerra submarina contra Gran Bretaña (1940-1942), aunque nunca contó con todos los medios necesarios para llevarla a cabo con éxito; estaba convencido de que Alemania hubiera ganado la guerra de haber contado con 300 submarinos. Tomó el mando supremo de la Marina de Guerra en 1943, en sustitución del almirante Raeder. Designado sucesor de Hitler por éste, capitula ante los Aliados. Condenado en Nuremberg a diez años de prisión, es liberado en 1956, retirándose a su casa de Hamburgo.

DOOLITTLE, James Harold (1896-1958). Teniente general norteamericano. Dirigió el primer bombardeo sobre Tokio (1942), llevado a cabo por bombarderos B-25, tras un arriesgado despegue desde el portaaviones *Hornet*. Jefe de la VIII Flota Aérea Estadounidense (1944), encargada de bombardear las ciudades alemanas. Nombrado caballero del Reino Unido por el rey Jorge VI.

EICHMANN, Adolf (1906-1962). Teniente coronel de las SS, encargado de asuntos judíos en la oficina central de la Gestapo (1940-1945). Su principal tarea fue coordinar las leyes raciales alemanas y la deportación de los judíos a los campos de exterminio, labor que ejecutó con terrible eficacia. Paradójicamente, estaba interesado en la cultura judía y hablaba *yiddish* con fluidez. Al terminar la guerra se refugió en Argentina, pero en 1960 fue descubierto y capturado por agentes israelíes. Conducido a Jerusalén, fue juzgado, condenado a muerte y ejecutado. Sus cenizas fueron esparcidas en aguas internacionales.

EISENHOWER, Dwight David (1890-1969). General y estadista norteamericano. Organizó el desembarco en África del Norte (1942). Jefe de las fuerzas aliadas, dirigió la campaña de Túnez y los desembarcos en Sicilia e Italia (1943). Jefe supremo de las fuerzas aliadas en 1944, tuvo la última palabra en el desembarco de Normandía. Recibió la capitulación alemana en Reims. Nunca destacó por su carisma, pero era capaz de coordinar las distintas —y a veces enfrentadas— fuerzas aliadas gracias a sus grandes habilidades diplomáticas. Conocido popularmente como *Ike*, durante su larga estancia en Europa estuvo acompañado siempre por su fiel secretaria y confidente Kay Summersby, pero al regresar a Estados Unidos volvió junto a su esposa, allanando así su carrera política; en 1952 fue elegido presidente, siendo reelegido en 1956.

GOEBBELS, Joseph (1897-1945). Político alemán. Con una sólida formación académica, pero después de fracasar en el periodismo y la literatura, desempeñó el cargo de jefe de Propaganda del Partido en 1928 y ministro de Propaganda de 1933 hasta su muerte. Auténtico maestro de la mentira y la manipulación, su cínica política de información se ha convertido en objeto de estudio. Una de sus más célebres aportaciones es la afirmación: «Una mentira repetida 100 veces se convierte en una verdad». Fanático seguidor de Hitler, recibió el encargo de dirigir la guerra total en 1944. Tras el suicidio del *Führer*, él hizo lo mismo junto a su mujer, Magda, una vez que ésta envenenó a sus seis hijos.

GOERING, Hermann (1893-1946). Mariscal del Aire alemán. Piloto de caza durante la Primera Guerra Mundial, conoció a Hitler en 1922 y se unió al movimiento nazi. Herido en una pierna, arrastrará durante toda su vida la adicción a la morfina. Presidente del Reichstag en 1932, se convierte en un excéntrico megalómano. Amante de los uniformes vistosos y las batas de seda, tenía un león como animal doméstico. Organizó la *Luftwaffe*, consiguiendo el favor de Hitler, que lo nombró en 1940 mariscal del Reich. Pero los fracasos de Dunkerque, Inglaterra o Stalingrado acaban con su prestigio.

Al final, Hitler lo destituye y ordena su arresto por traición. Capturado por los norteamericanos, es juzgado en Nuremberg y condenado a muerte, pero consigue suicidarse antes de ser ahorcado.

HALSEY, William (1882-1959). Almirante norteamericano, apodado *Bull* (Toro). Comandante de las fuerzas del Pacífico Sur (1941-1942). Gran estratega, dispuesto a correr riesgos, dirigió los combates por las islas Marshall, Gilbert y Salomón, y organizó el desembarco en las Filipinas (1945). De este impulsivo militar de malos modales —que gozaba de gran simpatía entre la prensa— es célebre la arenga, dirigida a sus tropas: «¡Matad japoneses!, ¡matad japoneses!, y después ¡matad más japoneses!».

HESS, Rudolf (1894-1987). Dirigente nacionalsocialista. Nació en Alejandría, hijo de un exportador de vinos. Combatió en la Primera Guerra Mundial, resultando herido. En 1920 conoció a Hitler y enseguida mostró una desmedida devoción por él. Al comenzar la guerra es el segundo en el orden de sucesión del *Führer*, pero su influencia es decreciente. En mayo de 1941 marchó a Escocia en un vuelo solitario para proponer la paz a los ingleses. Fue internado hasta el fin de la guerra. Juzgado en Nuremberg, fue condenado a cadena perpetua. Confinado en Spandau, se suicidó en 1987, colgándose de un cable eléctrico.

HEYDRICH, Reinhard (1904-1942). General de las SS. Aficionado al violín, el piano y la esgrima. De aspecto nórdico —era llamado «la bestia rubia»—, fue hombre de confianza de Himmler, pese a tener probablemente un antepasado judío, por lo que sus enemigos le llamaban el «Moisés rubio» o «la cabra», por su estridente risa. Fue jefe del Servicio de Seguridad de las SS (la SD o *Sicherheitdienst*). Como Protector de Bohemia-Moravia, cometió atrocidades de todo tipo. Unos resistentes checos apoyados por Londres lograron asesinarlo, sufriendo una larga agonía de una semana, aunque la represión posterior fue durísima.

HIMMLER, Henrich (1900-1945). Jefe de las SS y ministro alemán del Interior. Nacido en una familia católica, estudió

para ingeniero agrónomo, graduándose en 1921. Fracaso como criador de pollos, pero en el movimiento nazi escaló rápidamente posiciones hasta convertirse en jefe de las SS en 1929. Durante la guerra puso sus dotes de organizador al servicio del exterminio masivo de judíos. En abril de 1945 intentó pactar con los Aliados a espaldas de Hitler y fue destituido. Al ser apresado por los Aliados se suicidó ingiriendo una cápsula de veneno oculta en la boca. Alguien aseguró que «su cara era la de un cerdo con ojos de pájaro», mientras que otros lo comparaban con un oso hormiguero. Pero fue un juez del proceso de Nuremberg quien le retrató más acertadamente: «No hay ninguna larva viscosa que se retuerza entre el fango y el hedor de la cloaca más sucia que, comparada con él, pudiera ser acusada de despreciable».

HIROHITO (1901-1989). Emperador de Japón. Considerado una divinidad por sus súbditos, pese a ser de pequeña estatura, enclenque y miope. Proclamado emperador en 1926, permitió la política de expansión de su régimen militar. Después de la capitulación se convirtió en soberano constitucional, y en un gran experto en biología marina.

HITLER, Adolf (1889-1945). Estadista alemán. Nacido en Austria, fracasa como pintor y como arquitecto, viéndose obligado a vivir en Viena como un indigente. Se alista en el ejército alemán en 1914 y, aunque no pasa del rango de cabo, es condecorado con la Cruz de Hierro. En 1919 se afilia al Partido Obrero Alemán y protagoniza un esperpéntico golpe de Estado en 1923 que le llevaría a prisión.

Reanuda su actividad política, que culmina, gracias a su oratoria y a su ciega ambición, con su nombramiento como canciller el 30 de enero de 1933. Una vez eliminada cualquier oposición, es nombrado *Reichsführer* y somete a Alemania a un régimen totalitario, rearmándola y conduciéndola a la guerra.

La personalidad de Hitler supone aún un enigma; de memoria prodigiosa y autoconfianza exacerbada, presentaba también claros síntomas de desequilibrio psíquico, cambios bruscos de estado de ánimo, así como un avance progresivo

de Parkinson. Conforme discurría la guerra, aumentaba su dependencia de las drogas inyectadas a diario por su médico personal. Ajeno por completo a la realidad, para desesperación de sus generales, permaneció impassible ante el sufrimiento del pueblo germano y confió hasta el final en un brusco giro de la guerra que nunca llegaría. Se suicidó junto a Eva Braun el 30 de abril de 1945. Los restos de su cadáver incinerado —la mandíbula y un trozo de cráneo— se encuentran repartidos en dos archivos de Moscú.

JODL, Alfred (1890-1946). General alemán. Jefe del Estado Mayor del general Keitel, desde ese puesto dirigió todas las campañas militares germanas. Era el encargado de informar diariamente a Hitler de la evolución de los distintos frentes. Fue uno de los mejores confidentes del *Führer* durante la guerra. Su nombre pasó a la historia al ser uno de los firmantes de la rendición alemana en Reims el 7 de mayo de 1945. Juzgado en Nuremberg, fue acusado de crímenes de guerra, siendo declarado culpable. Fue ahorcado el 16 de octubre de 1946.

JORGE VI (1895-1952). Rey de Gran Bretaña de 1936 a 1952, permaneció junto a su familia en Londres en los peores momentos, rechazando marchar a Canadá. Dio ejemplo ante su pueblo de dignidad y valor, visitando ciudades en ruinas y refugios antiaéreos. El 13 de septiembre de 1940, una bomba cayó en el palacio de Buckingham, pero resultó ileso. Colaboró estrechamente con Churchill durante toda la contienda.

KEITEL, Wilhelm (1882-1946). Mariscal de campo alemán. Oficial de Artillería durante la Primera Guerra Mundial. Jefe del alto mando de 1938 a 1945, se limitó a aceptar y transmitir sumisamente las órdenes militares de Hitler, lo que le valió los sobrenombres de *lakaitel* —lacayo— y *Der general Jawohl* —el general sí señor—. El propio Hitler lo humilló un día llamándole «portero de cine», pero aún así era de su entera confianza. Firmó la capitulación del Reich el 8 de mayo. Condenado a muerte en Nuremberg, fue ahorcado, pese a su petición de ser fusilado.

KESSELRING, Albert (1885-1960). Mariscal de campo alemán. Nombrado en 1942 jefe del X Ejército y del frente sur, supo

organizar una férrea defensa a lo largo de la península italiana ante el avance de los Aliados, que les costó una sangría de hombres y material. Afable y extravertido, era apodado «el sonriente Albert». Encarcelado en Italia y condenado a muerte como criminal de guerra en 1946, se le conmutó la pena por la de cadena perpetua, aunque fue liberado en 1952 por razones de salud. Está considerado por los expertos como uno de los talentos militares más sobresalientes de la contienda.

MACARTHUR, Douglas (1880-1964). General norteamericano. Comandante en jefe de las Filipinas, escapó de la invasión nipona en marzo de 1942, no sin antes prometer solemnemente: «Volveré». Comandante en jefe en el Pacífico Suroeste (1943) y después de la totalidad de las fuerzas armadas en el Pacífico (1945), recibió la capitulación de Japón en el *Missouri* el 2 de septiembre de 1945. Egocéntrico y hambriento de gloria, supo difundir su inconfundible imagen en todo el mundo. Comandante en jefe en Corea (1950), fue relevado del cargo tras proponer seriamente acciones tan expeditivas como lanzar 40 bombas atómicas contra la China comunista.

MOLOTOV, Viacheslav (1890-1986). Ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética. Pese a su procedencia burguesa, fraguó su carrera política junto a Lenin y Stalin. Como ministro de Exteriores, firmó con Von Ribbentrop el pacto germano-soviético. De carácter duro y antipático, era un durísimo negociador, lo que le valió el sobrenombre de «*Mister Niet*» (señor No), aunque todos reconocen su extraordinaria habilidad diplomática. Tras la guerra su estrella declinó, hasta que en 1953 volvió a ocupar la misma cartera durante tres años. Finalmente sería apartado del poder por Kruschev, llegando incluso a ser expulsado del partido.

MONTGOMERY, Bernard Law (1887-1976). Mariscal británico, jefe del VIII Ejército en Egipto (1942). Venció a los alemanes en El Alamein, aunque no pudo evitar que lograsen escapar rumbo a Túnez. Excéntrico y engreído, ni bebía ni fumaba. En el campo de batalla era muy conser-

vador y no actuaba nunca sin una larga preparación artillera previa. Tras la campaña de Sicilia y el sur de Italia, mandó las tropas terrestres en el desembarco de Normandía. Fracasó en septiembre de 1944 en su única acción audaz, al intentar penetrar en Alemania a través de Holanda (Operación *Market Garden*), aunque nunca reconoció esa derrota. Fue el jefe de las tropas de ocupación británicas en Alemania y después recibió todos los altos cargos y honores del Imperio británico.

MUSSOLINI, Benito (1883-1945). Político italiano. Fundó el Partido Nacional-fascista en 1919. Tras organizar la marcha sobre Roma, el rey Víctor Manuel II le confía la presidencia del Consejo (1922). Convertido en dictador (*Duce*), invade Etiopía en 1936 y se anexiona Albania en 1939. El 10 de junio declara la guerra a Francia y Gran Bretaña, y en octubre ataca a Grecia. Sus continuos reveses militares exasperan a Hitler, obligándole a aplazar su ataque a la URSS, pero aún así éste mantendrá hasta el final su respeto y admiración por él. Con los Aliados ya en Italia, el 25 de julio de 1943 es obligado a dimitir y es detenido por orden del rey. Rescatado por un comando alemán, se pone al frente de la República Social Italiana en el norte del país, prosiguiendo la guerra del lado del Eje. El 28 de abril de 1945 es capturado y ejecutado junto a su amante Clara Petacci por un grupo de guerrilleros. Sus cuerpos quedaron colgados en una gasolinera en Milán.

NIMITZ, Chester William (1885-1966). Almirante norteamericano. Comandante en jefe de la Flota del Pacífico durante toda la guerra. Consiguió reorganizar la Marina de guerra tras el ataque a Pearl Harbor. Gran estratega, a él se debe la gran victoria en la batalla de Midway. Más de 5.000 barcos y dos millones de hombres estuvieron a sus órdenes durante la guerra. Firmó el acta de la capitulación de Japón en nombre de la Marina.

PATTON, George Smith (1885-1945). General norteamericano. Nacido indiscutiblemente para la milicia, fue número uno de su promoción en West Point. En 1916 luchó contra las hues-

tes de Pancho Villa. Durante la Primera Guerra Mundial resultó gravemente herido en una temeraria acción. Ya en la Segunda Guerra Mundial, desembarcó en Marruecos (1942), fue comandante del ejército en Túnez y luego en Sicilia (1942-1943). Al mando del III Ejército en Normandía penetró con rapidez en las líneas alemanas, liberando Rennes y Nantes. Contuvo la ofensiva germana en las Ardenas en enero de 1945 y prosiguió su avance hasta Checoslovaquia, pese a las siempre escasas reservas de combustible que le proporcionaban. Creyente en la reencarnación, afirmaba que en vidas anteriores había sido cazador de mamuts, hoplita griego, legionario romano e incluso el mismísimo Aníbal. Falleció en Heidelberg en accidente de automóvil.

PÉTAİN, Philippe (1856-1951). Mariscal de Francia, vencedor en Verdún en 1916. Fue el encargado de pedir el armisticio a los alemanes, obteniendo los plenos poderes el 10 de julio de 1940, en Vichy. Al ser ocupada la zona libre (noviembre de 1942) se convierte cada vez más en rehén de los alemanes, que le sacan de Vichy en agosto de 1944. Vuelve a Francia en abril de 1945, en donde es juzgado y condenado a muerte, pero se le conmuta la pena por la cadena perpetua en razón a su avanzada edad.

PÍO XII (Eugenio Pacelli) (1876-1958). Elegido papa en 1939, publicó dos encíclicas sobre la paz. Aunque intentó evitar el estallido de la guerra abogando por una reunión conjunta de las potencias enfrentadas, su figura es discutida; mientras unos aseguran que sus silencios oficiales salvaron la vida de miles de judíos, otros consideran que habría sido más útil una condena firme de los crímenes nazis.

RIBBENTROP, Joachim Von (1893-1946). Político alemán. De familia noble, se instaló en Canadá como importador de champán. Gracias a sus contactos, entró en el cuerpo diplomático. Embajador del Reich en Londres en 1936, fue rechazado por la alta sociedad británica, una afrenta que no olvidaría, profesando desde entonces odio eterno a Inglaterra. Ministro de Asuntos Exteriores desde febrero de 1938, no fue más que una correa de transmisión de los

deseos de Hitler. Personalidad mediocre y con escasa perspectiva. Condenado a muerte en Nuremberg y ejecutado.

ROMMEL, Erwin (1891-1944). Mariscal de campo alemán. Participó en las invasiones de Polonia y Francia. Al frente del *Afrika Korps* (1941-1943) puso en jaque a los británicos hasta ser derrotado en El Alamein, pero consiguió reorganizarlo hasta alcanzar Túnez. Idolatrado por sus hombres, obtuvo también el respeto y la admiración de sus enemigos, que hicieron popular su sobrenombre de «el Zorro del Desierto». Valiente, íntegro y noble, y amante de la cultura clásica, no contaba con muchas simpatías entre los dirigentes nazis. Encargado de organizar las defensas del Muro del Atlántico, no pudo evitar la invasión. Al entrar en contacto con la oposición militar al nazismo se convirtió en sospechoso tras el atentado del 20 de julio de 1944, por lo que fue obligado a suicidarse, por orden de Hitler, que veía con recelo su disposición a entablar conversaciones de paz.

ROOSEVELT, Franklin Delano (1882-1945). Estadista norteamericano. De familia acomodada, se licenció en Harvard. En 1921 sufrió una poliomielitis que le obligó a ayudarse de un pesado aparato ortopédico o una silla de ruedas. Elegido presidente en 1932, aplicó un ambicioso programa de reformas sociales. Apoyó a Gran Bretaña en su lucha solitaria contra Hitler hasta que declaró la guerra a Japón tras el ataque a Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941). Firme partidario de forzar la rendición incondicional del Eje, mostró una gran energía pese a su mala salud. La muerte por derrame cerebral le llegaría el 12 de abril de 1945, mientras pasaba un día de asueto en su casa de recreo de Georgia con la que era su amante desde hacía tres décadas, Lucy Mercer Rutherford. Pese a la incómoda situación, la carismática Eleanor Roosevelt —su esposa desde 1905—, guardó su memoria con gran dignidad.

RUNDSTEDT, Gerd Von (1875-1953). Mariscal alemán. Mandó un grupo de ejércitos durante las campañas de Polonia y Francia, convirtiéndose —junto a los generales Heinz Guderian, Hans Von Kluge o Paul Von Kleist— en uno de los nombres propios de la guerra relámpago. Dirigió el grupo de ejército del

Sur en el frente ruso, conquistando Ucrania, pero dimitió al estar en desacuerdo con la campaña de invierno ordenada por Hitler. Enviado al oeste, se le encomendó la ofensiva de las Ardenas. Hecho prisionero por los ingleses, fue liberado en 1949.

SPEER, Albert (1905-1982). Conocido como el «arquitecto de Hitler», fue nombrado ministro de Armamento en 1942. En largas reuniones, diseñó junto al *Führer* el Berlín de 1950. Alcanzó altísimas cotas de producción pese a los bombardeos y la falta de materias primas. Fue condenado en Nuremberg a 20 años de prisión, admitiendo su responsabilidad, pero negando de forma poco convincente su conocimiento del Holocausto. Tras su liberación se dedicó a escribir e impartir conferencias.

STALIN, Josef Vissarionovich Djugachvili (1879-1953). Estadista soviético. Hijo de un zapatero dipsómano que le somete a brutales palizas y de una madre afectuosa, se educa en un seminario. Inicia su andadura política a los 13 años y asciende lentamente hacia el poder. Secretario general del Partido Comunista, ejerce desde 1924 una autoridad absoluta sobre su país. Las purgas ordenadas por él descabezan el ejército soviético. Tras su pacto con la Alemania nazi, se reparte Polonia y se anexiona los Países Bálticos. Sorprendido por el ataque germano (22 de junio de 1941), asume la dirección total de las operaciones, cometiendo al principio numerosos errores. Su política de tierra quemada y el empleo de inagotables masas de soldados, así como el dominio de la guerra invernal, acabó derrotando a los alemanes. Simpático y de trato agradable, destacó igualmente por su astucia y su crueldad, lo que le llevaría a ser odiado por las dos mujeres con las que se casó. En Yalta conseguiría todo tipo de concesiones de los Aliados occidentales, logrando imponer el régimen comunista a los países de Europa Oriental.

TIBBETS, Paul (1915-2007). Coronel norteamericano. Tras una meteórica carrera militar, en la que fue varias veces condecorado, fue nombrado comandante del *Enola Gay*, el avión que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima. Pese a los trágicos efectos de su acción, nunca ha mostrado aflicción e incluso se ha mostrado dispuesto a repetir la misión si fuera necesario.

TOJO, Hideki (1884-1948). General japonés, ministro de la Guerra (1940), consigue ponerse al frente del gobierno en octubre de 1941. Ordena el ataque a Pearl Harbor. Dimite en julio de 1944. En septiembre de 1945, después de un frustrado intento de suicidio, es arrestado por los norteamericanos. Durante su encarcelamiento, un dentista norteamericano le graba en los dientes en lenguaje morse la frase «Recuerda Pearl Harbor». Fue condenado a muerte y ejecutado.

TRUMAN, Harry (1884-1972). Estadista norteamericano. Era conocido como «el camisero», por haber regentado un negocio de camisas en Kansas City. Elegido vicepresidente de Roosevelt en 1944, le sucede tras su muerte en abril de 1945. Organizó la conferencia de San Francisco. Participa en la conferencia de Potsdam y ordena lanzar la bomba atómica, una decisión de la que nunca se arrepentiría. Fue reelegido en 1948.

YAMAMOTO, Irosoku (1884-1943). Almirante japonés. Comandante en jefe de la flota desde 1939. Fue el encargado de elaborar y llevar a cabo el ataque a Pearl Harbor. En 1942 ordenó el ataque a Midway. Durante la batalla de las islas Salomon los norteamericanos lograron derribar su avión. Su muerte supuso un cambio de rumbo en el desarrollo de la guerra.

YAMASHITA, Tomoyuki (1885-1946). General japonés. Tras su espectacular conquista de la península malaya y Singapur en 1942 sería conocido como el «Tigre de Malaya» o el «Rommel de la jungla». Sus éxitos despertaron viejas envidias, por lo que fue injustamente destinado a la instrucción de soldados en la lejana Manchuria. En 1944 regresó a primera línea, en la defensa de las Filipinas, oponiéndose eficazmente al avance de MacArthur. Llegada la paz, fue tratado como criminal de guerra y ejecutado, con el beneplácito del propio MacArthur.

ZHUKOV, Gheorgi (1896-1974). Mariscal soviético. Mandando el grupo de ejércitos de la defensa de Moscú (1941) rechazó la ofensiva germana. Al mando del 1º Frente de Ucrania y después el de Bielorrusia, tomó Varsovia y llegó el primero a Berlín, en donde recibiría la capitulación alemana. Fue destituido por Stalin en 1947, aunque a la muerte de éste sería ministro de la Guerra (1955-1957).

CRONOLOGÍA

1939: Polonia, arrollada por los panzer

- 1 de septiembre: A las 4:45 horas los alemanes atacan Polonia. Las fuerzas polacas dispuestas en la frontera no logran contener a las divisiones motorizadas germanas.
- 3 de septiembre: Gran Bretaña declara la guerra a Alemania a las 11 horas. Francia la sigue seis horas después.
- 16 de septiembre: Los soviéticos entran en territorio polaco, de acuerdo con el pacto germano-soviético firmado el 23 de agosto de 1939.
- 27 de septiembre: Varsovia se rinde. Al día siguiente Polonia firma la capitulación.
- 30 de noviembre: La Unión Soviética ataca Finlandia, que ofrece una tenaz resistencia.

1940: París se rinde ante Hitler

- 12 de marzo: Acuerdo de paz entre la Unión Soviética y Finlandia.
- 9 de abril: Los alemanes invaden Noruega, adelantándose a una acción aliada. Dinamarca también es atacada. El día 15, los británicos desembarcan en Narvik.
- 10 de mayo: Alemania invade Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Churchill es nombrado primer ministro, sustituyendo a Chamberlain. Holanda capitula el día 15 y Bélgica el 28.
- 4 de junio: Los Aliados consiguen evacuar a más de 300.000 soldados en Dunkerque.
- 10 de junio: Italia declara la guerra a Francia y Gran Bretaña.
- 14 de junio: Los alemanes entran en París y el día 22 de mayo Francia concierta un armisticio con Alemania.
- 24 de julio: Los británicos sufren los primeros ataques aéreos germanos. Ha comenzado la Batalla de Inglaterra.
- 26 de agosto: Aviones británicos bombardean Berlín en represalia por un ataque a Londres.
- 23 de octubre: Hitler se reúne con Franco en Hendaya.

- 15 de noviembre: La *Luftwaffe* ataca Coventry, causando un millar de muertos.
- 1 de noviembre: Mussolini se lanza a la invasión de Grecia desde la ocupada Albania, pero los griegos resisten e incluso pasan al ataque.
- 9 de noviembre: Italianos y británicos combaten en la frontera egipcia.

1941: Duelo en el este

- 20 de enero: Los británicos penetran en la colonia italiana de África Oriental y avanzan hacia Abisinia.
- 6 de abril: Acudiendo en socorro de Mussolini, Alemania invade Yugoslavia y Grecia. Belgrado es sometida a un brutal bombardeo.
- 27 de abril: El *Afrika Korps* inicia su andadura a las órdenes de Rommel. Los británicos resisten en la fortificada Tobruk.
- 12 de mayo: Rudolf Hess se lanza en paracaídas sobre Escocia para negociar un acuerdo de paz, pero es hecho prisionero.
- 20 de mayo: Paracaidistas alemanes caen sobre Creta, que será conquistada.
- 27 de mayo: El acorazado germano *Bismarck* es hundido por la *Royal Navy*, para gran disgusto de Hitler.
- 22 de junio: Se pone en marcha la Operación Barbarroja: Los alemanes invaden la Unión Soviética.
- 19 de septiembre: Avance germano arrollador. Los alemanes toman Kiev. El final ruso parece próximo.
- 7 de diciembre: Ataque de la aviación nipona a la base naval de Pearl Harbor (Hawai). Al día siguiente, Estados Unidos declara la guerra a Japón.
- 11 de diciembre: Alemania e Italia declaran la guerra a Estados Unidos.

1942: El Eje alcanza su máxima expansión

- 5 de febrero: Singapur cae ante el avance nipón por la península malaya.

- 5 de mayo: Los británicos desembarcan en Madagascar, ante el riesgo de una acción nipona.
- 21 de junio: Tobruk se rinde a las fuerzas de Rommel. Se abre la puerta de Egipto.
- 1 de julio: Cae Sebastopol durante la ofensiva alemana de verano.
- 19 de agosto: Incurción aliada en Dieppe, que es repelida con facilidad por los alemanes.
- 25 de octubre: Operaciones contra los japoneses en Guadalcanal. Los ingleses atacan en El Alamein. Comienza la batalla por Stalingrado.
- 4 de noviembre: Las tropas de Rommel, derrotadas, se retiran de Egipto.
- 8 de noviembre: Operación Antorcha (*Torch*): Los Aliados desembarcan en África del Norte.

1943: La guerra cambia de signo

- 2 de febrero: El mariscal Paulus se rinde en Stalingrado.
- 11 de febrero: Los norteamericanos controlan Guadalcanal.
- 12 de mayo: El *Afrika Korps* se rinde en Túnez. El Eje es expulsado de África del Norte.
- 9 de julio: Norteamericanos y británicos desembarcan en Sicilia.
- 25 de julio: Mussolini es depuesto. Le sustituye Badoglio, que acuerda un armisticio el 3 de septiembre.
- 1 de octubre: Los Aliados entran en Nápoles, tras un lento y costoso avance.
- 1 de diciembre: Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en Teherán.

1944: Normandía abre el camino de la victoria

- 22 de enero: Los Aliados desembarcan en Anzio para abrir el frente de Montecassino, pero no lo logran.
- 28 de febrero: Tropas británicas e indias rechazan una incurción japonesa en la India desde Birmania.
- 9 de mayo: Sebastopol es reconquistada por los soviéticos. Los alemanes retroceden en todo el frente ruso.

- 18 de mayo: Los Aliados se apoderan de Montecassino, tras cuatro meses de dura resistencia alemana.
- 4 de junio: El general norteamericano Mark Clark, al frente del V Ejército, entra en Roma, que había sido declarada «ciudad abierta».
- 6 de junio: Día-D: Los Aliados desembarcan en la costa de Normandía. Tan solo encuentran dificultades en la playa de Omaha, pero consiguen franquear el Muro Atlántico.
- 4 de julio: En su ofensiva de verano, los soviéticos reconquistan la capital bielorrusa, Minsk.
- 20 de julio: Atentado contra Hitler, del que sale ileso. Se desata una amplia represión, que costará la vida a Rommel.
- 25 de agosto: Los Aliados entran en París.
- 1 de septiembre: El Ejército Rojo alcanza la frontera búlgara en el Danubio.
- 17 de septiembre: Montgomery ordena la Operación *Market Garden*, con el fin de atravesar Holanda rápidamente en dirección a Alemania. El plan fracasa.
- 13 de noviembre: El acorazado alemán *Tirpitz* es hundido en un fiordo noruego, sin haber disparado un solo proyectil.
- 17 de diciembre: Los alemanes inician en las Ardenas su última ofensiva, pero la falta de combustible agota el avance, después de internarse 88 kilómetros.
- 25 de diciembre: MacArthur regresa a Filipinas, cumpliendo así su promesa («Volveré»).
- 28 de diciembre: El general Patton rompe el cerco de Bastogne. La ofensiva alemana fracasa definitivamente.

1945: El último acto

- 17 de enero: Los soviéticos entran en Varsovia, después de que los alemanes ahogasen en sangre la rebelión de la población.
- 12 de febrero: Declaración de Yalta, acordada por Roosevelt, Churchill y Stalin, en la que el líder soviético consigue todas sus pretensiones.

- 19 de febrero: Los marines desembarcan en Iwo Jima. La lucha durará 26 días, en los que la resistencia nipona será desesperada.
- 7 de marzo: El I Ejército norteamericano cruza el Rin por el puente de Remagen. Patton lo atraviesa por el sur, adelantándose a Montgomery, que lo hace por el norte.
- 1 de abril: Los norteamericanos inician la conquista de la isla de Okinawa. La resistencia japonesa es también numantina.
- 16 de abril: Comienza la ofensiva soviética sobre Berlín.
- 26 de abril: En Riese, al sur de Torgau, las tropas norteamericanas y las soviéticas entran en contacto. El Reich ya está partido en dos.
- 28 de abril: Mussolini es fusilado por partisanos italianos y su cuerpo colgado en una gasolinera. El VII Ejército norteamericano entra en Munich.
- 30 de abril: Hitler se suicida junto a Eva Braun en su búnker de Berlín.
- 1 de mayo: El almirante Doenitz asume el poder, cumpliendo la última voluntad de Hitler.
- 7 de mayo: Los alemanes firman el acta de rendición en Reims ante los Aliados occidentales a las 2:41 de la madrugada.
- 8 de mayo: Por exigencias de Stalin, se firma la rendición incondicional en Berlín.
- 26 de junio: Se clausura la Conferencia de San Francisco, en la que se crea la Organización de las Naciones Unidas (ONU).
- 2 de agosto: Declaración de Potsdam, firmada por Attlee, Truman y Stalin.
- 6 de agosto: Se lanza sobre Hiroshima la primera bomba atómica. El día 9 Nagasaki sufre otro bombardeo nuclear.
- 2 de septiembre: Japón firma la rendición incondicional, en una ceremonia celebrada en el acorazado *Missouri*, anclado en la bahía de Tokio. La Segunda Guerra Mundial ha finalizado.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN EL CINE

El conflicto de 1939-45 ha inspirado un buen número de obras maestras del séptimo arte. Ya sea para destacar el heroísmo de sus protagonistas o para reflejar la cara más trágica de la guerra, los grandes directores han encontrado en la Segunda Guerra Mundial el escenario ideal para plasmar en el celuloide esas historias épicas o dramáticas.

Sin ánimo de ser exhaustivos, éstas serían las principales películas que tienen como eje principal de su argumento la Segunda Guerra Mundial, así como mis respectivas valoraciones:

Alemania, año cero (Germania, anno zero, Roberto Rossellini, 1947) ***

¿Arde París? (Paris, brûle-t-il?, René Clement, 1966) *

Arenas sangrientas (Sands of Iwo Jima, Allan Dwan, 1949) *

Banderas de nuestros padres (Flags of our fathers, Clint Eastwood, 2006) **

Cartas desde Iwo Jima (Letters from Iwo Jima, Clint Eastwood, 2006) ***

Days of glory (Indigènes, Rachid Bouchareb, 2006) **

De aquí a la eternidad (From Here to Eternity, Fred Zinnemann, 1953) **

El desafío de las águilas (Where Eagles Dare, Brian G. Hutton, 1968) **

El día más largo (The Longest Day, Ken Annakin, Andrew Marton y Bernhard Wicki, 1962) *****

El hundimiento (Der Untergang, Oliver Hirschbiegel, 2004) *****

El pianista (The pianist, Roma Polanski, 2002) ***

El puente (Die Brücke, Bernard Wicki, 1959) *****

El puente de Remagen (The Bridge at Remagen, John Guillermin, 1968) **

El puente sobre el río Kwai (The Bridge on the River Kwai, David Lean, 1957) **

El tren (The Train, John Frankenheimer, 1964) **

- Enemigo a las puertas (Enemy at the Gates, Jean-Jacques Annaud, 2001) **
- Feliz Navidad, Mr. Lawrence (Senjo no Merry Christmas, Nagisha Oshima, 1982) *
- Guadalcanal (Guadalcanal Diary, Lewis Seiler, 1943) *
- Ha llegado el águila (The Eagle Has Landed, John Sturges, 1976) *
- Hasta donde los pies me lleven (So weit die füsse tragen, Hardy Martins, 2001) ****
- Infierno en el Pacífico (Hell in the Pacific, John Boorman, 1969) **
- Invasión en Birmania (Merril's Marauders, Sam Fuller, 1962) **
- La batalla de Alamein (La battaglia di El Alamein, Giorgio Ferroni, 1968) **
- La batalla de Anzio (Anzio, Edward Dmytryk, 1968) **
- La batalla de Inglaterra (The Battle of Britain, Guy Hamilton, 1969) ***
- La batalla de las Ardenas (Battle of the Bulge, Ken Annakin, 1965) *
- La batalla de Midway (Midway, Jack Smith, 1976) **
- La batalla de Stalingrado (Stalingrads koya bitva, Vladimir Petrov, 1949) **
- La Cruz de Hierro (The Iron Cross, Sam Peckinpah, 1976) **
- La delgada línea roja (The Thin Red Line, Terrence Malick, 1998) *
- La gran evasión (The Great Escape, John Sturges, 1963) ****
- La lista de Schindler (Schindler's list, Steven Spielberg, 1993) ****
- La noche de los generales (The night of the generals, Anatole Litvak, 1966) **
- Los cañones de Navarone (The Guns of Navarone, J. Lee Thompson, 1961) **
- Los héroes de Telemark (The Heroes of Telemark, Anthony Mann, 1965) **
- McArthur, el general rebelde (McArthur, Joseph Sargent, 1977) **
- Objetivo: Birmania (Objective Burma!, Raoul Walsh, 1944) ***
- Patton (Patton, Lust of glory, Franklin J. Scheffner, 1970) *****
- Pearl Harbor (Pearl Harbor, Michael Bay, 2001) *
- Rebelión en Polonia (Uprising, John Avnet, 2001) **

- Roma, ciudad abierta (Roma, città aperta, Roberto Rosellini, 1945) ****
- Salvar al soldado Ryan (Saving Private Ryan, Steven Spielberg, 1998) *****
- Stalingrado (Stalingrad, Joseph Vismaier, 1992) *****
- Sophie Scholl: Los últimos días (Sophie Scholl: Die letzten Tage, Marc Rothemund, 2005) ***
- Tobruk (Tobruk, Arthur Hiller, 1967) **
- Tora! Tora! Tora! (Tora! Tora! Tora!, Richard Fleischer, Toshio Masuda, Kinji Fukasaku y Kinji Fukasaku, 1970) *****
- Treinta segundos sobre Tokio (Thirty Seconds Over Tokyo, Melvyn LeRoy, 1944) ***
- Un puente lejano (A Bridge Too Far, Richard Attenborough, 1977) ***
- Uno Rojo, división de choque (The Big Red One, Sam Fuller, 1980) **
- ¿Vencedores o vencidos? (Judgment at Nuremberg, Stanley Kramer, 1960) ***
- Windtalkers (Windtalkers, John Woo, 2002) ***

Calificación personal del autor:

- * Prescindible
- ** Interesante
- *** Buena
- **** Muy buena
- ***** Obra maestra

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL dispone de una extensísima bibliografía, imposible de abarcar. No obstante, para los lectores que deseen una primera aproximación a esta contienda, recomiendo un plan de lectura integrado por las siguientes obras, que considero imprescindibles para adquirir una visión global del conflicto:

- BOURKE**, Joana. «La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas». Paidós. Barcelona, 2002.
- CHURCHILL**, Winston. «Memorias. La Segunda Guerra Mundial», 2 volúmenes. La Esfera de los Libros. Madrid, 2004 (disponible edición de bolsillo).
- CRAIG**, William. «La caída del Japón». Luis de Caralt. Barcelona, 1974 (reedición 2006).
- FEST**, Joachim. «Hitler. Una biografía». Editorial Planeta. Barcelona, 2005.
- GILBERT**, Martin. «La Segunda Guerra Mundial. 1939-1942». La Esfera de los Libros. Madrid, 2005.
- GILBERT**, Martin. «La Segunda Guerra Mundial. 1943-1945». La Esfera de los Libros. Madrid, 2006.
- GOLDENSHON**, Leon. «Las entrevistas de Nuremberg». Taurus. Barcelona, 2004.
- HART**, Basil Liddell. «Historia de la Segunda Guerra Mundial», 2 volúmenes. Luis de Caralt. Barcelona, 2001 (reedición en 2006 en un solo volumen).
- HEIBER**, Helmut, ed. «Hitler y sus generales». Editorial Crítica. Barcelona, 2004.
- MURRAY**, Williamson y **MILLETT**, Allan. «La guerra que había que ganar». Editorial Crítica. Barcelona, 2002 (disponible edición de bolsillo en Booket).
- OVERY**, Richard. «Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo». Editorial Tusquets. Barcelona, 2003.
- RHODES**, Richard. «Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto». Editorial Seix Barral. Barcelona, 2005.
- SPEER**, Albert. «Memorias». Editorial Círculo de Lectores. Barcelona, 1970 (reeditada por El Acantilado, Barcelona, 2001).
- TOLAND**, John. «Los últimos 100 días». Bruguera. Barcelona, 1970.
- TREVOR-ROPER**, Hugh. «Las conversaciones privadas de Hitler». Editorial Crítica. Barcelona, 2004.

